

En torno a una pregunta de Nietzsche: ¿para qué ha servido la filosofía?

Escribe: ALFONSO HANSEN

CRUZ VELEZ, Danilo. *¿Para qué ha servido la filosofía?* Ed. Populibro. Bogotá, 1967.

La razón de unir en un libro dos ensayos que hacen referencia a una pregunta que interroga por el papel de la filosofía en la cultura, radica en la necesidad de reducir a una misma problemática los temas enunciados al respecto. El propósito consiste en demarcar el sentido que la filosofía va teniendo en la historia: saber si la filosofía, para enunciarse, requiere de los presupuestos de la cultura —si obedece apenas a un reflejo de la relación de dominio del hombre sobre las cosas — o si, por el contrario, la filosofía es la fundamentación misma de ese mundo, a través del cual se realiza la cultura, recibiendo de ella sus jugos nutricios y develándose.

El método utilizado por el ensayista es reductivo: sobre la base de una pregunta aparecida en los papeles póstumos de Nietzsche se enfrenta a los conceptos que sobre el hombre han emitido las teorías antropológicas. Preguntar

por el origen de la cultura nos lleva, en primer término, a indagar por el hombre. Hasta ahora la antropología ha dado por supuesto al hombre y de él ha hecho emerger la cultura: bien como lo hace el naturalismo, que lo simplifica en el “instinto de alimentación” o en el estado de sexualidad; o bien, como lo establece el racionalismo, que lo asume como un ente específico, como el *animal raturalis*.

Se trata de hacer *tabula rasa* de las teorías, de valerse únicamente de los fenómenos y de encontrar el nexo establecido entre el hombre y su mundo. Si logramos el sentido de la ligazón del hombre a su propio mundo, no solo hemos explicado el rompimiento del hombre con la naturaleza, su camino hacia la humanización, sino que podremos superar el *hiatus irrationalis* implicado por el hombre al caer en su suelo. El doctor Cruz Vélez propone dar un

paso por fuera de la relación en que aún se mantiene Max Scheler. Se precisa que, en el ofrecerse del hombre por sí mismo se determina radicalmente el origen de la cultura. "La emanación de la cultura desde el fondo del *logos*, de la razón o del espíritu aparece tan oscura y misteriosa como su fuente". Para el ensayista las formas de la cultura no pueden responder a la mera producción de la razón: no surge la cultura como una negación por parte del hombre de su *animalitas* y de su instalación en otra morada. El hecho de que el hombre reaccione contra la naturaleza y obre de acuerdo con las normas, nos habla implícitamente de un hombre definido de antemano y caracterizado en forma peculiar. Contra esa determinación es contra la que debemos pronunciarnos.

El doctor Cruz Vélez parte de la tesis de que el hombre es un *ente metafísico*, que como tal ente trasciende la naturaleza en un acto de libertad, haciendo posible que de ahí broten las realidades de la cultura. A partir de Kant, observa el ensayista, en el horizonte descrito por la metafísica moderna, el hombre aparece "como un esbozo del hombre". La nueva idea sobre la existencia del hombre permite rechazar la concepción teológica que lo había presentado como una existencia "desviada de Dios". El hombre en la metafísica moderna aparece como un ser-en-el-mundo, el cual mundo es meramente un momento constitutivo de tal existencia.

La trascendencia del hombre se da dentro del ámbito donde a sí mismo "despliega su ser". La tras-

cendencia se efectúa como una superación de la naturaleza (la naturaleza es lo trascendido) y por medio de su libertad para conquistar a su *ser concreto*. De tal suerte, la cultura aparece como un producto adquirido en el acto libre trascendental. El hombre es *trascendens*. Pero la trascendencia es un acto metafísico. La filosofía asume que su mundo es creado y que como *causa prima* ese mundo es la ley "que impone a toda cosa su puesto en el conjunto de los entes". La primera consecuencia es que el mundo está dado para la filosofía y que ella se niega a ser el estado en el cual los presupuestos culturales adquieren *conciencia de sí* después de haberse establecido en el *cultivo* del hombre sobre su medio. La filosofía, en tales condiciones, niega esta toma simplista de la cultura.

Al preguntarse una vez más por la pregunta de Nietzsche, el doctor Cruz Vélez admite que el mundo de la filosofía es un mundo creado. Que la filosofía, por medio de su acción estatuyente, abre el horizonte en el cual las realidades culturales van apareciendo como objetos con determinadas estructuras. El conocer de la metafísica, para Nietzsche, es un crear, el crear un legislar; la voluntad de verdad de la metafísica es voluntad de poder. Por lo mismo, la filosofía es la raíz del árbol de la cultura; la metafísica tiene su campo de objetos (*positum*) y su método propios.

Hasta el momento el ensayista ha logrado imponer a la metafísica como el horizonte en donde el hombre se realiza: la metafísica se establece como la libre

salida (el trascender) del hombre de la naturaleza. Situado el hombre dentro de un ámbito metafísico se caracteriza positivamente. El hombre —y la cultura como producto de su liberación— solo tiene asidero, mejor dicho, solo puede situársele como un ente de la metafísica, apartado radicalmente de toda definición teórica de la antropología. Para el doctor Cruz Vélez, la cultura concebida en este campo imposibilita la investigación acerca de su origen. Solo cuando el mundo se mantiene como el conjunto de objetos de la filosofía, los objetos en ese mundo *descritos* (los culturales) adquieren sentido.

Así pues, tenemos como premisa el hecho de que la metafísica abre el campo de trabajo para que las ciencias de la cultura se encaminen y alcancen en él una primera orientación. Pero todas las ciencias se refieren a sus objetos a través del lenguaje. Se parte del hecho de que una ciencia “tiene que tener ya, de antemano, su dominio objetivo frente a sí”, a fin de referir ese dominio por intermedio del lenguaje. El lenguaje es el mundo en el cual las cosas se muestran previamente y constituye el puente de la subjetividad a la objetividad.

¿Pero qué origina el lenguaje?, es la pregunta que determina el desarrollo del segundo ensayo. Porque lo evidente, para el doctor Cruz Vélez, es el reconocimiento autológico de las ciencias que se ocupan del lenguaje. La *autología* consiste en que el lenguaje habla solo del lenguaje y “esto amenaza con destruir la esencia de la relación en que consiste todo decir, el cual es siempre decir algo sobre

algo que no es decir”. De suyo, el lenguaje se sustrae o se repliega en sí mismo y no se muestra. Lo que se muestra allí no es propiamente el lenguaje sino lo que él designa: “las cosas todas que no son lenguaje”.

Entonces, ¿qué origina el lenguaje? El doctor Cruz Vélez toma de la historia de la filosofía dos concepciones sobre el asunto: la primera, que aparece en el diálogo *Cratilo* de Platón como una teoría ideal, busca su fuente en el hombre mismo, permitiéndose como una decisión sobre el *ser del lenguaje* pues lo determina con categorías en su aparición como objeto; la segunda, ya en la metafísica moderna, de Humboldt, en donde, conquistada la posición preminente del sujeto, el lenguaje es un producto de la naturaleza de la razón (después de ocuparse el espíritu consigo mismo en un primer estudio —replegado en la soledad de sus propias representaciones— impone a las impresiones materiales las formas de los conceptos).

En juntas partes el lenguaje se ofrece como un producto humano. Sin embargo no hay, en estricto rigor, razón para sostenerlo así. Visto desde el hablar, el lenguaje no es más que una función. Su *ser* se agota en la pura designación de los fenómenos. Parece que el agente fuera el lenguaje mismo. El ensayista se remite a Heidegger: el hombre no lo es sin el lenguaje (efecto, causa, producción son categorías del mundo de las cosas, hechas por el hombre bajo la dirección del lenguaje). Según el profesor Walter F. Otto, de quien toma el ensayista cierta di-

rección, el lenguaje es para él —el ser mismo de las cosas, pre-
viéndose como la esencialidad del
mundo y haciendo que el hombre
hable a su través—. “El hombre
habla solamente en cuanto corres-
ponde al lenguaje”.

Al final, surge una última pre-
gunta: ¿tiene un origen puro el
lenguaje? Pues decir: lenguaje es
lenguaje, nos hace brotar —según

Heidgger— en un abismo. No que-
da más sino el verso de Hoelderlin:

*Lo originado en forma pura es
un misterio,
y ni siquiera el canto puede develar.*

La filosofía ha servido para
abrir el horizonte a las ciencias
de la cultura a través del len-
guaje, pero no ha podido decir
cómo se ha originado este.